

una guitarra.—Milagro habría sido no encontrarla aquí, es decir, á pocas millas de la ciudad de las góndolas y de los amores.

El poeta (con perdón sea dicho) cogióla entre manos y trasteóla. Los demás se le acercaron mudos y silenciosos, esperando que comenzara.

—Estadme atentos. Yo recitaré primeramente la estrofa y el estribillo: después cantaré yo la estrofa y vosotros el estribillo á coro.

—Entendido, —dijo uno por todos. — Cuando quieras; mas al salir, con el pie izquierdo.

Celebramos el chiste y el poeta comenzó:

Pur ti saluto anch'io,
O Venezia immortale!
Che infinito desio,
Cara, io n'avea nel cor!
Che divino m'assale
Entusiasmo d'amor!¹

— ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera! — interrumpió voceando el que había propuesto que bebiéramos. — ¿Qué coplillas son estas? No nos vengas con melancolías ni lamentaciones: queremos estar alegres: venga una barcarola, pero alegre, de rechupete. ¿Qué es esto de «inmortal» y de «disio» que ahí has encajado pegue ó no pegue? ¡Bonita está la Magdalena para tafetanes! ¿Te parece que sirven nuestras caras para hacer papel de plañideras? ¡Alegría, mucha alegría!

De los presentes, los que participaban de sus opiniones aplaudieron calurosamente.

— Pues me parece, — observé, — que no hay motivo para estarlo. Pues digo, con la expectativa de tener que envainar el sable, sabe Dios para cuánto tiempo, y tomar gloriosamente el camino de Ferrara, y marchar destinados quién sabe dónde

¹ También yo te saludo ¡oh Venecia inmortal! ¡Qué infinito deseo de hacerlo sentía en el corazón, querida mía! ¡Cómo me asalta divino entusiasmo de amor!

para llevar allí la vida monótona y fastidiosa de guarnición. ¡Te digo que son estos motivos poderosos para estar alegre!

— Pues, por lo mismo, — dijo el otro.

Los «sentimentales» se pusieron de mi parte: los «risueños» insistieron: el poeta continuó en sus trece, y el grupo se dividió en dos partidos según las distintas inclinaciones y tendencias que se acababan de exponer. Una mitad se apartó de nosotros algunos pasos, y encendidos los cigarros, continuó trineando con el mayor entusiasmo: la otra mitad prosiguió el canto interrumpido.

— Está bien: por nuestra parte cantaremos también un estribillo, señores poetas lacrimosos, — gritó uno de los bebedores levantando el vaso: los demás se echaron á reír.

— Cantad cuanto queráis, — dijeron los nuestros.

Y el poeta, (con perdón sea dicho), repitió:

Che divino m'assale
Entusiasmo d'amor!¹

Y el coro:

Sì, Venezia immortale,
T'abbiam tutti nel cor.²

Y los bebedores:

Che poeta bestiale!
Che cane di tenor!³

Carcajada general.

Entre los demás se distinguía perfectamente la dulce voz de Carluccio.

Da capo:

Ma pur mentr'io ti miro
E canto e ti sorrìdo,
Perchè un lieve sospiro
Come di mesto amor,

¹ Me asalta divino entusiasmo de amor.

² Sí, Venecia inmortal, todos te tenemos en el corazón.

³ ¡Qué bestial poeta! ¡Qué perro de tenor!

E non di gioia un grido
Prorompe dal mio cor? ¹

El coro:

Ti guardo, ti sorrido,
Ma non ho lieto il cor. ²

Los bromistas:

Invece io me la rido,
E il partito miglior. ³

Y aquí una verdadera explosión de carcajadas, acompañadas del chocar de los vasos.

El sol había desaparecido del firmamento, y la brisa soplaba con más fuerza que antes.

Ah! da questa contrada
Che in noi si affida e spera
Ah! non la nostra spada
Non l'italo valor,
Ma una virtù straniera
Caccierà l'oppressor! ⁴

Y el coro:

Quanto è mesta la sera
Con tal presagio in cor! ⁵

Y las esponjas:

Che squisito barbéra!
Che spuma! Che color! ⁶

Estos dos últimos versos fueron cantados con menos viveza que los demás: dijérase que la soledad del sitio, y la muerte del día, y la vista de Venecia, que comenzaba á poblarse de luces, iban difundiendo la melancolía en el corazón de los des-
preocupados.

¹ Mas, ¿por qué, mientras te miro, y canto y te sonrío, por qué un tenue suspiro como de triste amor y no un grito de alegría prorrumpe en mi corazón?

² Te miro, te sonrío, pero no tengo el corazón alegre.

³ Y yo en cambio me río, que es el partido mejor.

⁴ ¡Ah! de esta comarca que confía en nosotros y espera; ¡Ah! no la espada nuestra, ni el valor italiano, sino una fuerza extranjera lanzará al opresor.

⁵ ¡Cuán triste es la tarde con este presagio en el corazón!

⁶ ¡Qué vino tan exquisito! ¡qué espuma y qué color!

O madre, sul tuo seno
Vorrei chinare la testa,
E sciorre al pianto il freno,
E infonder nel tuo cor
Questa dolcezza mesta
Che mi sembra dolor. ¹

Y el coro:

Vorrei chinare la testa
Di mia madre sul cor. ²

Y sólo dos del otro grupo:

Non mi rompe la testa,
Fammi questo favor. ³

Los demás ni siquiera se rieron. Esta estrofa se repitió dos veces. Los bebedores no pronunciaron una sola palabra, y convirtieron sus miradas á Venecia. Cantamos una cuarta vez la última estrofa: Carluccio no la cantó: ¡pobre muchacho! comprendió el sentido que encerraba, y se le oprimió el corazón. La hora, el lugar, y hasta aquella música lenta, triste, melancólica con que se cantaba la poesía habían sumido de repente su alma en profunda tristeza.

—¿Qué tienes, Carluccio?— le dije al oído.—¿Por qué estás con el rostro escondido entre las manos?

—No sé: no tengo nada.

—Oye... ¿Y si te diéramos una madre que te quisiera de veras?

Miróme con los ojos desmesuradamente abiertos. Habléle durante largo rato en voz baja, y me escuchó atentamente sin pestañear.

—¿Qué dices?— le pregunté en cuanto hubo terminado.

No me contestó: iba arrancando las briznas de hierba que crecía á su alrededor.

—¿Qué dices?— repetí.

¹ ¡Oh, madre! quisiera reposar la cabeza en tu pecho y soltar el llanto, é infundir en tu corazón esta triste dulcedumbre que me parece dolor.

² Quisiera reclinar la cabeza en el corazón de mi madre.

³ No me quiebres la cabeza; hazme este favor.

Levantóse de pronto: subió corriendo á lo más alto del ribazo, y fué á ocultarse donde no pudiéramos verle. Al cabo de un rato llegó á nuestros oídos un llanto tan desesperado que me oprimió el corazón.

— ¿Qué es? — preguntaron los otros.

— Lo que había de suceder.

Calláronse todos, y pudieron oirse distintamente los sollozos del pobre Carluccio.

— Dejémosle que se desahogue, — dijo uno. — ¡Pobre muchacho! lo necesita y le hará bien.

Y cantaron otra vez:

O madre, sul tuo seno
Vorrei chinare la testa,
E sciorre al pianto il freno,
E infonder nel tuo cor
Questa dolcezza mesta
Che mi sembra dolor. ¹

Entre verso y verso se oía el cansado y triste sollozar de aquel pobrecillo.

El espectáculo que en aquellos momentos ofrecía Venecia era divino.

— ¡Silencio! — dijo de pronto uno de los nuestros.

Callamos todos y prestamos atención: el viento traía de cuando en cuando á nuestros oídos confuso rumor de instrumentos bélicos que sonaban á lo lejos.

— ¡Es la charanga de los croatas de Malghera! — exclamó el paduano.

Y durante largo espacio permanecieron mudos, inmóviles, sin pestañear, escuchando aquella música triste y enemiga, que parecía contarnos, haciendo burla de ellos, los dolores y amarguras de la ciudad adorada, para la cual habíamos ofrecido inútilmente nuestras existencias.

¹ ¡Oh, madre! quisiera reposar la cabeza en tu pecho y soltar el llanto é infundir en tu corazón esta triste dulcedumbre que me parece dolor.

No hay para qué referir las lágrimas, la desesperación y los ruegos de Carluccio: baste saber que más de una vez fué tanta la compasión que nos daba, que estuvimos á pique de echarlo todo á rodar, prescindiendo de cualquiera otra consideración. Recordamos, sin embargo, que se trataba de su salud, y persistimos en nuestro propósito. Sin embargo, la idea de una buena familia que sería su protectora, y le enviaría á la escuela, y á pasear diariamente con los hermanos pequeños del oficial, y que, en caso necesario, le llevaría á su casa donde sería tratado como de la familia, pues desde aquel momento le consideraba parte de ella; y más que todo, la lectura de una carta afectuosísima de la madre del oficial en la cual se hacían mil promesas, y se daban mil seguridades de que Carluccio sería objeto de toda suerte de cuidados y atenciones, mitigó grandemente su dolor, y si bien procuró no pocas veces disuadirnos de nuestro intento, con súplicas y cariñosas protestas, convenciéndose al cabo de que era sólo su conveniencia la que nos impulsaba, y sometiéndose á la razón y á la necesidad, nos dijo suspirando:

— ¡Está bien... ya que lo quieren ustedes... volveré á casa!

Pasados unos días levantamos el campamento, y emprendimos la marcha hacia Padua, donde llegamos una mañana al amanecer, entrando en ella por el Portello, y siguiendo, bien que en sentido inverso, casi las mismas calles que atravesamos á la ida. Llegados á un punto determinado, vimos al oficial paduano salir de las filas y dirigirse á una casa de muy buena apariencia, llevando de la mano á Carluccio, que se oprimía los ojos con el pañuelo. En cuanto llegaron al umbral de la puerta detúvose el muchacho, volvió hacia nosotros el rostro bañado en llanto, y levantando convulsamente la mano gritó sollozando:

— ¡Adiós al regimiento! ¡Adiós á los señores oficiales y á los soldados! ¡Adiós, adiós á todos! ¡Todos buenos para mí! ¡Me acordaré siempre, siempre! ¡Adiós! ¡Adiós!

— ¡Adiós, Carluccio! — le decían al pasar oficiales y soldados. — ¡Adiós al hijo del regimiento! — ¡Dios te proteja, pequeño! — ¡Acuérdate de nosotros! — ¡Hasta que volvamos á vernos! — ¡Adiós! ¡Adiós!

El pobre muchacho, sin fuerzas ya para hablar, ante aquellas generales manifestaciones de aprecio, continuó durante un buen rato saludando con la mano á los oficiales, á los soldados, á la bandera: después desapareció repentinamente, cubriéndose el rostro con ambas manos.

De entonces acá no le hemos vuelto á ver; pero el regimiento conservó durante mucho tiempo el recuerdo de su hijo de adopción, y no hubo un soldado que dejara de llevar de una guarnición á otra el desinteresado afecto que aquel chiquillo despertara en sus corazones, de la misma manera que habían llevado de una á otra marcha en las bocas de los fusiles las flores olorosas arrancadas de los jardines de Padua.

EL RECLUTA

DOMINGO: las cinco de la tarde, y un tiempo magnífico. El cuartel casi vacío. La mayor parte de los soldados se había ido de paseo por la ciudad y sus afueras, y los pocos que en él quedaban, unos en los dormitorios acabando de vestirse y otros en el patio esperando á sus compañeros para salir juntos, interrumpían el silencio que reinaba, diciendo los del patio: — ¡Despacha, hombre! — y los de los dormitorios: — ¡Espera un momento! — en tanto que sudaban y forcejeaban para abrocharse el cinturón, cuya hebilla habían corrido, á fin de tener la cintura muy delgada.

Hasta los reclutas, que hacía sólo dos días habían llegado al regimiento, habían salido también en pelotones de seis, de ocho y de diez, tiesos, envarados, con la gorra en el cogote, el capote hecho un fardo y las manos desmesuradamente abiertas y enfundadas en sendos guantazos blancos tamaños como manopla de esgrima. Los soldados de guardia, que permanecían sentados junto á la puerta del cuartel, acribillábanlos al paso á bromas y cuchufletas, á pesar de las observaciones del sargento que de cuando en cuando les decía: — ¡Ea! dejarlos en paz: pobres muchachos. — El oficial de guardia, tendido á la larga en un sofá en el cuarto de banderas, mataba el tiempo leyendo un diario.